

1407433

80+82

CAI

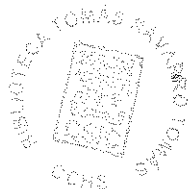
BR

Juan Signes Codoñer

*Breve guía de la literatura griega
desde Hesíodo hasta Pletón*

CÁTEDRA

CRÍTICA Y ESTUDIOS LITERARIOS



creará nuevos y graves problemas a la naciente dinastía comnena, que se mantendrá en el poder durante buena parte del siglo XII. Pero aunque ese siglo ve aparecer una nueva sensibilidad poética, abierta al lenguaje popular, de la que ya hablamos en los **capítulos II.8 y IV.8**, no será tampoco ajena a la literatura clasicista y a la erudición filológica, que alcanzarán, como veremos en el siguiente apartado, nuevas cumbres de excelencia.

7. DEL PAPEL A LA IMPRENTA: DE LOS COMNENOS AL HUMANISMO ITALIANO (por Inmaculada Pérez Martín)

Uno de los rasgos dominantes de la cultura bizantina del siglo XI fue la expansión de un conocimiento encorsetado hacia ámbitos que superaban el corpus sapiencial aceptado por el cristianismo y representado por unos pocos autores canónicos. La punta de lanza de ese intento de romper barreras fue la actividad de estudio y enseñanza de Miguel Pselo, que hemos de entender en un contexto intelectual marcado por la apertura a todo tipo de saberes y la conciencia de que en el estudio de copias fiables de los textos estaba la base de cualquier certeza⁵⁸. Otro de los rasgos de la cultura de este periodo es la «constantinopolización» del territorio imperial, que había recuperado el beneficioso equilibrio entre Anatolia y los Balcanes y se había asentado en el Egeo tras relajarse la presión naval árabe. En el siglo XII, que vio la llegada de los cruzados y el gobierno de la dinastía de los Comnenos (1081-1185), esta influencia cultural de la capital en otros centros urbanos se mantuvo a través de la red de funcionarios imperiales y eclesiásticos que rotaban por ellos, en destinos a veces sufridos como lugares de exilio (¡como la propia Atenas!), pero que ofrecían oportunidades de contacto con las cada vez más numerosas comunidades occidentales en la región.

Por lo que respecta al periodo comneno, otros son los rasgos que vienen a sumarse a estos. En primer lugar, la vida intelectual y lite-

⁵⁸ Hay que mencionar aquí el debate planteado en los últimos años por los defensores de una corriente pagana en la intelectualidad bizantina, iniciada por Miguel Pselo y culminada por Jorge-Gemisto Pletón. Si bien es cierto que la existencia de paganismo en Bizancio no ha encontrado muchos apoyos, y la idea más arraigada sobre la cultura medieval sigue siendo presentada impregnada de religión (y de otras creencias poco racionales), no deja de ser interesante y enriquecedor releer las obras de algunos autores en esa clave. Véase A. Kaldellis y N. Siniossoglou (eds.), *The Cambridge Intellectual History of Byzantium*, Cambridge, 2017.

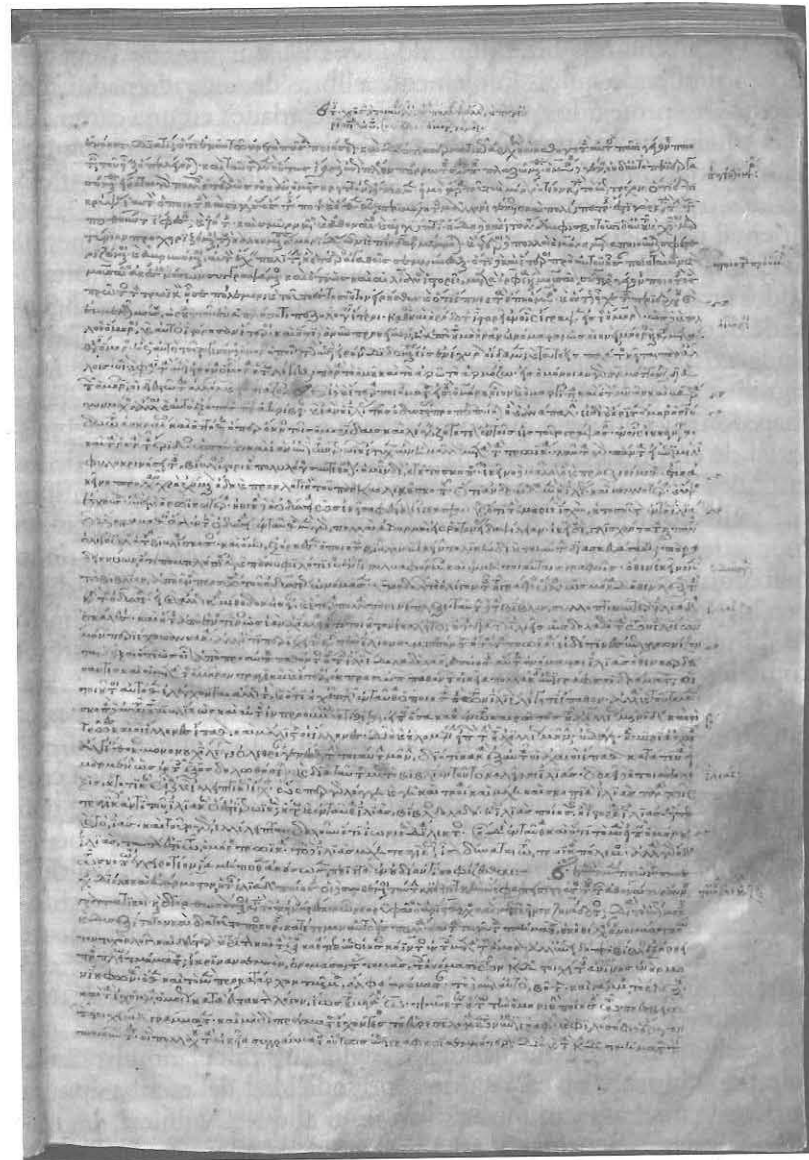
ria de Constantinopla se muestra abierta a la influencia exterior y es brillante, variada y rica, probablemente gracias a un patronazgo generalizado no solo por parte de los emperadores, sino también de funcionarios y aristócratas, incluidas algunas féminas como la princesa e historiadora Ana Comnena (1083-1153), hija del emperador Alejo Comneno (véase **capítulo VI.6**). Entre todos los estudiosos de los textos antiguos destaca **Juan Tzetzes** (ca. 1100-1180), un prolífico profesor cuyos innumerables textos escolares y comentarios (a la *Alejandro* de Licofrón o a los *Trabajos* y los *Días* de Hesiodo) dejaron una fuerte impronta en época paleóloga. Sus obras son amenas, contienen anécdotas sin fin sobre personajes de la Antigüedad (Arquímedes es uno de ellos) y retazos de historia antigua (la información que da sobre la biblioteca de Alejandría es de examen obligado para cualquier estudioso, tal como se indica *supra* en § 3), y ofrecen un retrato humanísimo de su autor, que sufre rivalidades, plagios y una pobreza que no solo le impide poseer copias antiguas de autores, sino que incluso le lleva en un momento dado a vender la mayor parte de su biblioteca. Tzetzes nos ha legado una original y rica obra literaria muy relacionada con su enseñanza, en la que destacan las *Chiliades*, el comentario en verso de sus propias cartas. Escribió también, por encargo de la emperatriz Bertha von Sulzbach, una versión de la *Iliada* en dodecasílabos en la que combinó un resumen del poema homérico con una interpretación alegórica en clave cristiana.

Un segundo rasgo destacable del periodo es que, desde 1007, la educación y el estudio de la lengua y la literatura antiguas fueron puestos por Alejo I Comneno en manos del patriarcado, que estaba al frente de una red de «escuelas primarias» vinculadas a distintas Iglesias de Constantinopla. No hay que deducir de ello que los escolares no pasaban en su aprendizaje de memorizar los salmos ni tampoco que el estudio de la literatura profana se resintiera del control eclesiástico. La formación infantil tenía pretensiones de ser integral y el nivel de la educación gramatical y retórica era alto, como demuestran la calidad y riqueza de la literatura comnena. **Nicolás Mesarita** escribió hacia 1198-1203 una prolija descripción de la escuela de los Santos Apóstoles que transmite vívidamente el ruido y el movimiento que provoca cualquier grupo de niños, en este caso porque se preguntan unos a otros la lección, cuentan con los dedos y en voz alta, o leen textos para memorizarlos. Como se desprende de la detallada descripción de Mesarita, esta escuela ofrecía una «educación primaria» (gramática, música y cálculo) en una sección

y en otra, «secundaria», se estudiaba retórica, filosofía, música y matemáticas.

De nombramiento imperial, y no patriarcal, era el profesor de retórica más prestigioso de Constantinopla, el *maistor iōn rhetorōn*, un cargo que existió desde mediados del siglo XI hasta finales del siglo XIII. Un discípulo de Pselo, **Teofilacto de Ocrida** (m. post 1107), se presenta a sí mismo en una carta como «corifeo de los rétores», en lo que sin duda es una versión más literaria del mismo título. Entre las obligaciones del *maistor* estaban no solo la enseñanza de la retórica al más alto nivel sino también la composición de discursos que eran declamados en distintas celebraciones palaciegas, especialmente panegíricos del emperador. Ello explica por qué los profesores eran elegidos entre las grandes plumas de época comnena y paleóloga. El más prestigioso *maistor* fue **Eustacio de Tesalónica** (ca. 1115-1195/1196)⁵⁹, que ostentó el cargo en 1168-78 pero después fue alejado de la corte para desempeñar las funciones de obispo de Tesalónica, donde su gran biblioteca estuvo quizá en el punto de partida de la labor filológica de algunos profesores tesalonicenses de época paleóloga. Eustacio es, gracias a sus comentarios a los poemas homéricos, uno de los eruditos bizantinos más conocidos para el filólogo clásico (**imagen 25** con el autógrafo de su comentario). Pero Eustacio fue también autor de un comentario a la *Periegesis* de Dionisio de Alejandría (siglo II d.C.) y a los poemas de Píndaro (del que solo conservamos el proemio) y, como requería el cargo, de muchas piezas retóricas que muestran una sensibilidad literaria que se extiende a la histórica en obras como la *Toma de Tesalónica* (referida a la conquista normanda de 1185). Fue un gran bibliófilo, látigo de monjes indolentes que se despreocupaban de los libros que custodiaban sus bibliotecas monásticas, y sus obras son para los estudiosos de la literatura antigua cantera de informaciones solo presentes en ellas.

Al abordar los códices bizantinos que transmiten las obras de la Antigüedad griega, hemos de ser conscientes de la influencia de las condiciones materiales no solo en las convenciones de la presentación de los textos en la página (títulos, índices, marcas de lectura y otros paratextos) que están en el origen de las ediciones renacentistas, sino también en la distribución cronológica y en el número de copias. Es muy probable que desde el siglo XI, y quizá antes, el papel



25. Florencia, Biblioteca Medicea Laurenziana, Laur. Plut. 59.2, Eustacio de Tesalónica, *Comentario a la Iliada*, autógrafo.

⁵⁹ F. Pontani, V. Katsaros y V. Sarris, *Reading Eustathios of Thessalonike* (Trends in Classics-Supplementary Volumes 46), Berlín, De Gruyter, 2017.

se utilizara para la copia efímera de textos breves, conservados en lo que los inventarios bizantinos de libros llaman *tetradia* («cuadernos»), aludiendo quizá simplemente a libros desencuadernados. Los escritos no protegidos por unas tapas o guardados en una cartera de piel tenían muchas posibilidades de ser dañados y no haber sobrevivido; solo algunas hojas de guarda en manuscritos que fueron transferidos a Europa occidental o permanecieron en el Mediterráneo oriental de lengua griega (que superaba con mucho los confines de la Grecia actual, no lo olvidemos) y fueron encuadernados y catalogados en bibliotecas nos recuerdan la pérdida de un material ingente de documentos, cartas, borradores y textos instrumentales que sin duda existieron pero no se abrieron paso hasta la actualidad. Más significativa es la pérdida masiva de manuscritos en papel de época macedonia y comnena, provocada tanto por la mala calidad del material de escritura como por la conquista en 1204 por parte de los cruzados de parte del territorio bizantino, en especial, Constantinopla y Tesalónica, que concentrarían muchas de las bibliotecas no monásticas del Imperio. Las copias de autores clásicos del período macedonio y comneno, que debían de ser ingentes a tenor de la producción literaria de la época, fueron diezmadas, hasta el punto de que apenas conservamos copias anteriores al siglo XIII de autores como los trágicos o los poetas helenísticos.

Por lo que respecta a las escrituras librarias, podemos suponer que su evolución y su diversificación se han visto también oscurecidas por la destrucción de libros en manos de aquellos soldados cruzados que irrumpieron en las calles de Constantinopla en 1204 con sed de botín y que destruían los libros para separarlos de sus encuadernaciones de metal, marfil y piedras preciosas, cuyo valor sí alcanzaban a entender. Si la época macedonia estuvo, según parece, dominada por la copia de textos en una escritura caligráfica altamente legible, mal llamada «escritura perla» (*Perlschrift*), lo que sucedió después puede ser descrito como una implosión de escrituras de uso, en ocasiones de localización cierta (como el «estilo épsilon» de pseudo-ligaduras bajas, a mediados del siglo XII, vinculado al oriente palestino-chipriota) y en las que la personalidad del escriba apunta por encima del aspecto formal del canon al que se adhiere. La minúscula griega se enriquece así a lo largo de la época comnena con nuevas formas de letras y ligaduras hasta componer una muestra tan rica en opciones que cuando la imprenta intente, a partir de finales del siglo XV, simplificar la escritura y embridar en un número limitado de tipos tal variedad, los tipógrafos renunciarán a la sobriedad

y simplicidad de la prensa latina y se entregarán a la imitación de la escritura griega de los «libros de mano». Las consecuencias serán negativas para el estudio y difusión del griego, puesto que aprender a leer ligaduras y abreviaturas constituyó una barrera más. Con todo, esa decisión de no poner límite a los tipos de imprenta («Les Grecs du Roi», que se usaban desde el siglo XVI en la imprenta del rey de Francia, necesitaban hasta 600 tipos distintos para componer un texto) llevó a crear impresos de gran belleza.

En las tres áreas en las que se reorganizó el poder bizantino tras la debacle de 1204, es decir, el Occidente de Asia Menor (con Nicea como capital), Epiro y Trebisonda, así como en todos los centros que formaban parte de la administración eclesiástica provincial, siguió habiendo actividad intelectual, perceptible para nosotros en forma de libros y textos. Quizá la del Epiro es la más desdibujada desde el punto de vista de la literatura antigua, aunque los lazos culturales con la otra orilla del Adriático, especialmente con Apulia, y el número de códices de la región conservados son notables. Trebisonda, por su parte, se beneficia en los siglos XIII y XIV del contacto frecuente con Constantinopla y de la cercanía de la corte iljánida de Tabriz (al noroeste de Irán), donde se había construido un observatorio astronómico. Así, **Gregorio Quionides**, hacia 1295/6, aprendió el suficiente persa como para traducir al griego algunos textos que revitalizaron la tradición hasta entonces mayormente alejandrina de la astronomía.

Pero fue en especial en Nicea donde los soberanos de la dinastía Láscaris, tras la captura de Constantinopla por los latinos en 1204, dieron prueba de un interés por la educación que les llevó a planear la creación de escuelas y la dotación de bibliotecas en distintas ciudades de la costa minorasiática. No sabemos hasta qué punto se llevó a cumplimiento esa iniciativa que los escritores cortesanos elogian en los emperadores Juan Vatatzes (r. 1222-1254) y Teodoro II Láscaris (r. 1254-1258), pero la educación superior estaba garantizada al menos en la corte de Nicea, donde a intervalos vivió **Nicéforo Blemides** (1197-1272), un personaje ciertamente peculiar que conocemos mejor gracias a su *Autobiografía*, donde nos cuenta, entre muchos episodios de enfrentamientos y conflictos, un viaje por la orilla opuesta del Egeo (Monte Atos, Tesalónica, Lárissa y Ocrida) en busca de libros. Sus intereses eran sin duda enciclopédicos, pero nos dejó dos renovadoras obras de contenido filosófico y científico, el *Epítome lógica* y el *Epítome física*. Juan Vatatzes obligó a Blemides a tomar cinco estudiantes y formarlos, y afortunadamente entre

ellos se encontraba **Jorge Acropolita** (1217-1282), que a su vez fue profesor de Teodoro II Láscaris, un estudioso de Aristóteles (la copia con la que estudió se conserva en la Biblioteca Ambrosiana de Milán) y autor prolífico de una obra ciertamente peculiar, en la que aboga por la centralidad de la cultura helena.

Acropolita fue no solo el «hombre fuerte» del primer emperador paleólogo, Miguel VIII (r. 1259-1282), sino también el motor de la educación imperial restaurada en Constantinopla en 1261, cuando los bizantinos arrebataron la ciudad a francos y venecianos. A partir de ese momento la educación superior no dependerá de un tenue hilo de maestro a discípulo, sino que el estudio de la lengua y la literatura antiguas y, desde mediados del siglo XIII, de la ciencia alejandrina y romana, se volverá a generalizar gracias a estudiosos nombrados al frente de la escuela imperial, como el *rhetor* **Manuel Holóbolo** (m. post 1283) y el cónsul (*hypatos*) **Juan Pediásimo** (m. 1310-14); de la escuela patriarcal, como **Jorge Paquimeres** (ca. 1242-1310), **Juan Cortasmemo** (m. ca. 1436-37) y **Jorge Genadio Escolario** (ca. 1400-1472); y otros muchos profesores privados o solo indirectamente financiados por el emperador (esto es, sin un cargo o título imperial), viviendo en monasterios de la ciudad, como Máximo Planudes (ca. 1260-1305), **Nicéforo Grégoras** (m. 1358-61) o **Isaac Argiro** (m. ca. 1375).

Máximo Planudes probablemente protagoniza la última gran operación de salvamento de la literatura antigua griega, a la que reincorporó además sus herederos latinos traducéndolos al griego. Aunque Planudes, que sepamos, nunca se pronunció al respecto, da la impresión de que al traducir a Ovidio, San Agustín, Macrobio o Boecio al griego lo que buscaba era acabar de rescatar lo rescatable de la literatura antigua griega, esto es, los tradujo no tanto por dar a conocer la literatura latina en Bizancio como por recuperar para los lectores griegos una literatura que formaba parte de la misma tradición. Lo hizo directamente con otros muchos autores y textos, en una operación de tal alcance que no podemos sino felicitarnos porque el legado antiguo se benefició, por una vez, de que la persona adecuada estuviera en el lugar adecuado. No es que Planudes no encontrara dificultades. En sus cartas de 1290-1293 se queja de la falta de apoyo para restaurar los libros de la biblioteca de un monasterio imperial; también expresa su impaciencia ante la falta de pergamino, que le obliga a esperar a que llegue la siguiente provisión de pieles de cordero para acabar de copiar Plutarco (ca. 1296). Este autor, del que reunió prácticamente todas las obras que podemos

leer en la actualidad, fue uno de los grandes beneficiados de la laboriosidad de Planudes y de su acceso a distintas bibliotecas en busca de *veteres* de los tratados morales. Quizá también le debamos la riqueza de tratados conservados de Jenofonte, del que hasta entonces se leía con fruición la *Ciropeidia* y la *Anábasis*, pero no tanto las *Helénicas*, de las que el códice más antiguo conservado es del siglo XIV. Planudes leyó afanosamente a Ptolomeo y Euclides y corrigió el texto de un autor más difícil todavía, Diofanto de Alejandría (siglo III d.C.), del que restauró un manuscrito del siglo XI que conservamos en Madrid (Biblioteca Nacional, Matrit. 4678). Tampoco los *Fenómenos* de Arato (siglo III a.C.) se libraron de su intervención, porque a Planudes no le tembló el pulso al cambiar algunos hexámetros por otros de cosecha propia en los que corregía datos erróneos del poeta alejandrino. El interés del monje por la poesía antigua es de todos conocido gracias a la colección de epigramas que solemos llamar *Antología planudea* (copiada ca. 1299-1301, **imagen 26**), pero él mismo nos dejó epigramas brillantes en los que celebraba, sin ir más lejos, haber dibujado los mapas de la ecúmene siguiendo las indicaciones y las tablas de la *Geografía* de Ptolomeo.

Los libros que nos ha legado la Bizancio paleóloga, especialmente durante su primer siglo (1261-ca. 1350), fueron similares a los que circulaban en la Bizancio comnena⁶⁰. Hemos conservado, en efecto, innumerables copias de autores antiguos y bizantinos de este periodo, algunas en pergamino pero sobre todo en papel, primero de origen oriental o local y a partir de 1300 progresivamente de origen italiano, en gran parte veneciano, puesto que la Serenísima hizo *dumping* a los molinos de papel del Mediterráneo griego y acabó con la producción local. De la Península ibérica proceden algunos papeles con marca de agua en zig-zag, producidos en molinos del Reino de Aragón, y un minoritario pero llamativo papel rosado que puede ser nazarí, es decir, de origen granadino. La mayor accesibilidad del material de escritura potenció sin duda una educación que recuperó la intensidad anterior a 1204 y en la que ahora sí podemos ver a escribas no-profesionales sirviéndose de formas menos legibles de escritura para obtener copias de textos.

La menor legibilidad de algunas escrituras es consecuencia de una progresiva libertad que acabó provocando la reacción opuesta,

⁶⁰ C. N. Constantinides, *Higher Education in Byzantium in the 13th and early 14th Centuries*, Nicosia, 1982, sigue siendo la mejor introducción a la vida intelectual de este periodo.



26. Venecia, Biblioteca Nazionale Marciana, Marc. gr. Z. 481, *Antología planudea*, autógrafo.

es decir, la recuperación de la escritura caligráfica de época macedonia imitándola hasta el extremo de que no siempre es fácil distinguir estas escrituras miméticas del primer siglo paleólogo de sus modelos de los siglos X y XI. La escritura mimética y (desde el siglo XIV) una escritura tradicional, también de fácil lectura, llamada «Hodegos» (por el monasterio constantinopolitano de la Hodegetria o *tōn Hodegōn* al que parecen haber estado vinculados algunos de sus copistas) fueron elegidas para copiar códices litúrgicos, pero también autores tan poco ortodoxos como Platón, Tucídides o Ptolomeo, lo que no deja de ser iluminador sobre el prestigio que confería a determinados autores esa decisión estética.

El libro con el que se estudiaba gramática, retórica, filosofía y los rudimientos de la ciencia, solía estar escrito por su usuario en colaboración o no con otros estudiantes o estudiosos (el colofón de uno de estos libros, el Vat. gr. 64, dice haber sido copiado «por cien manos», βιβλος ... ἑκατόγχειρος), en un proceso que no favorecía un resultado estético de gran calidad pero que permitió a muchas personas poseer una pequeña biblioteca. Hay centenares de copistas que se aplicaron a transcribir poesía y oratoria, así como Aristóteles y sus comentaristas, Plutarco, Luciano, Galeno o los corpus epistolares de autores paganos y cristianos. Las cifras de estas copias son apabullantes, y se alejan notablemente de los clásicos latinos, tantas veces conservados precariamente en una única copia anterior a la época humanística. He llamado a este fenómeno de la historia de los textos griegos transmisión en «fuegos de artificio» porque es frecuente que en el siglo XIII a partir de una *codex vetus* proliferen copias nacidas en el mismo contexto de trabajo intelectual, lo que favorece la contaminación de los textos, como los hilos de color que se abren y entrecruzan cuando la pólvora estalla en el cielo.

Si la «transmisión abierta» de los autores escolares sugiere grupos cohesionados de estudio, en los que el profesor se presta a corregir la copia de un alumno o dos amigos se intercambian sus copias para cotejarlas y corregirlas, estas comunidades de estudio⁶¹ están asimismo presentes en una actividad literaria de la élite cuyo carácter oral dificulta la comprensión. Esta actividad comunicativa, de intercambio entre intelectuales y hombres de letras en salones litera-

⁶¹ Sobre este tema, es de obligada consulta la obra de Guglielmo Cavallo, en parte traducida al castellano: *Leer en Bizancio*, Buenos Aires, 2017; *Escribir, leer, conservar. Tipologías y prácticas de lo escrito, de la Antigüedad al Medioevo*, Buenos Aires, 2017.

rios, está galvanizada en nuestros estudios por el término *theatron* (θέατρον)⁶² que pone el acento en la retórica y en la representación oral por encima de la lectura. En Bizancio la palabra no refleja, como vemos, un espectáculo convencional, excepto en el sentido de encuentro cuyos participantes acuden para disfrutar de la lectura en voz alta o la declamación de una obra, sea una carta, una narración histórica o un poema. Una versión menos lúdica del mismo fenómeno son los no raros debates científicos que tenían lugar ante el emperador y en los que imponerse sobre el adversario era el fin principal de la discusión.

Estos *theatra* no eran exclusivos de la capital del Imperio y hay que pensar que donde hubiera aristócratas y funcionarios imperiales también se daría este tipo de salones o círculos, los lugares por excelencia de la exhibición de las habilidades retóricas que todos ellos debían adquirir en la escuela. Esto sucedió en Tesalónica en los círculos filológicos animados por **Tomás Magistro** (1275?-post 1347?) y **Demetrio Triclinio** (ca. 1280-ca. 1340)⁶³, donde se estudiaba la tragedia y la comedia con gran solvencia, pero también oratoria y astronomía, y donde probablemente se descubrió entonces una copia con algunas obras de Eurípides ordenadas alfabéticamente (de ahí el nombre de «piezas alfabéticas») y correspondientes a las que empezaban por E.-K. Quizá esta vitalidad se mantuvo solo hasta la revuelta de los zelotas (1341) que supuso el comienzo de un declive en la ciudad (en poder veneciano desde 1423 y conquistada por los otomanos en 1430), aunque también después siguió viva una escuela de derecho. La relación entre Tesalónica y Constantinopla es tan estrecha, el ir y venir de gentes tan frecuente, que no siempre es fácil localizar determinada actividad de estudio en una de las dos ciudades. Lo mismo sucede con la tercera ciudad del imperio que replicó la vida cultural capitalina, Mistrás, junto a la antigua Esparta, donde se creó un despotado en 1349 que sobrevivió con dificultades hasta la conquista de 1460 y en el que se instalaron algunas de las figuras intelectuales que protagonizaron la cultura bizantina, en especial Jorge Gemisto Pletón (m. 1452).

Que los libros copiados en materiales modestos después de la reconquista de Constantinopla por los bizantinos en 1261 se hayan

⁶² M. Grünbart (ed.), *Theatron. Rhetorische Kultur in Spätantike und Mittelalter*, Berlín, 2007.

⁶³ Niels Gaul, *Thomas Magistros und die spätbyzantinische Sophistik: Studien zum Humanismus urbaner Eliten in der frühen Palaiologenzeit*, Wiesbaden, 2011.

conservado en gran número tiene como consecuencia la supervivencia de un material de gran relevancia: los autógrafos. Con ello nos referimos a las copias de obras bizantinas de las que conservamos el «original» o autógrafo del autor, de las que el caso más antiguo es el de Eustacio de Tesalónica y sus *Parekbolai* o comentarios a la *Iliada* y la *Odisea*, que conservamos en una o más copias autógrafas (véase *supra* **imagen 25**). Pero además, en época paleóloga, conservamos con relativa frecuencia no solo sus obras sino también las ediciones de autores clásicos preparadas por los estudiosos bizantinos o los textos anotados y corregidos por ellos.

A partir de 1261 y gracias al apoyo a la educación y la cultura de emperadores como Manuel VIII y Andrónico II (1282-1328) y hasta la conquista definitiva de Constantinopla por los turcos en 1453, Bizancio nunca dejó de beneficiarse de una élite política e intelectual que combinaba tareas de gobierno con el estudio y la enseñanza. Sus miembros —este es un punto que conviene tener presente— no solo acudían a los «clásicos» para aprender la lengua y las estrategias retóricas como se venía haciendo desde época helenística, sino que incorporaban a esa tradición milenaria las obras de otros escritores bizantinos, cuyo trabajo obtenía la misma consideración y rango. Aunque es cierto que los autores «escolares» siguen siendo los clásicos y patrísticos aprendidos de memoria y citados con profusión (casi de un modo inconsciente), los profesores paleólogos se sirven de los comentarios comenidos de la poesía antigua, Miguel Pselo mantiene su fama de sabio versátil y es copiado ininterrumpidamente, y los libros misceláneos que se producen en equipo aúnan al mismo nivel cartas, discursos y poemas antiguos y bizantinos. Lo mismo sucederá en el primer siglo del Humanismo, cuando la selección de autores griegos y el método para aprender la lengua sean los heredados de Bizancio.

La fase final de la historia bizantina está iluminada por la figura del emperador **Manuel II Paleólogo** (1391-1425), hombre de letras que en sus obras da muestra de su profunda formación literaria y de su gran sensibilidad, y que reorganizó la educación superior eligiendo en 1395 el monasterio constantinopolitano de Petra (que albergaba un hospital, véase **capítulo VI.9**) como sede del llamado *Katholikon Museion* o «Museo universal». Uno de los estadistas y literatos que rodeaban al emperador fue **Manuel Crisoloras** (1355-1415), cuya actividad docente, especialmente la desarrollada en Florencia en 1397-1399, facilitó el aprendizaje de la lengua griega en los círculos italianos. Una de las contribuciones más relevantes de Crisoloras fue una gramática, sencilla y efectiva, conocida como

Erotemata, que tuvo un éxito inmediato entre quienes se acercaban con curiosidad a la lengua griega, cuyo conocimiento se había perdido en Occidente. El traslado a Italia de su biblioteca, que incluía numerosos y valiosos ejemplares de la literatura y el saber de la Antigüedad, colaboró en gran medida a la difusión de los textos griegos en el Renacimiento, también a través de traducciones realizadas por sus discípulos. Otra vía de entrada de libros griegos era la abierta por los italianos que, como Giovanni Aurispa o Francesco Filelfo, aprendieron griego en Constantinopla y se llevaron de vuelta a casa tanto bibliotecas personales como libros para vender a coleccionistas como los Medici o los papas.

Cuando los otomanos empezaron a cortar las comunicaciones de Constantinopla no solo por mar sino también por tierra (el primer asedio dio comienzo en 1394), muchos de los libros habían ya encontrado nuevos acomodos. Las primeras bibliotecas occidentales en las que se almacenan los libros bizantinos, entonces depositarios únicos de la literatura antigua, fueron la Biblioteca Vaticana (especialmente en época de Nicolás V, 1447-1455), la Medicea de Florencia (en 1490 y 1491 Jano Láscaris viajó a Oriente en busca de textos griegos para los Medici) y la veneciana de San Marcos, como veremos más abajo. En un segundo momento, desde mediados del siglo xvi, las bibliotecas privadas de humanistas o coleccionistas fueron confluyendo en colecciones de mayor envergadura, como la Bibliothèque royale de Francia o la biblioteca de El Escorial, la más rica en manuscritos griegos de las españolas. A pesar de que una parte de estos códices escurialenses procede de la biblioteca de Diego Hurtado de Mendoza (m. 1575) y de que este adquirió en Venecia códices de gran valor por distintos medios (uno de ellos, el intercambio con el sultán de prisioneros turcos por libros de bibliotecas constantinopolitanas), los españoles llegamos en general tarde al mercado de códices bizantinos: nuestros humanistas estudiaron con impresos y, cuando querían una obra inédita, pagaban a un copista para conseguirla; muy pocos consiguieron el *vetus* («códice antiguo», es decir, de los siglos x-xi) de un autor.

Como embajador de Manuel II, Crisoloras visitó Venecia en 1390/1 y 1394/5 y viajó también a España, portando una carta del emperador a Martín I de Aragón. El propio Manuel II viajó a Venecia, París e Inglaterra en 1399-1403, buscando recabar apoyos contra los otomanos. Como carta de presentación enviaba a los monarcas europeos reliquias (fragmentos de la túnica santa o de la cruz de Jesucristo) acompañadas de documentos de validación, algunos de

los cuales se conservan en España. En la diplomacia se volcaron los esfuerzos de los últimos emperadores de Bizancio, que contaban con pocas cartas con las que jugar en la negociación con las potencias occidentales que podían acudir en su auxilio. Una de ellas era la renuncia a la ortodoxia, aceptando básicamente la autoridad del Papa sobre la Iglesia, el uso de pan ázimo, la tonsura y vida célibe de los sacerdotes y otras tradiciones ajenas al cristianismo oriental. A esta renuncia se había acudido ya un siglo antes, en fecha tan temprana como 1274 (Concilio de Lyon), causando un maremoto en la política bizantina del que la corte tardó en recuperarse y que acabó con la excomunió del entonces emperador Miguel VIII. En 1438-1439, Juan VIII consiguió arrastrar a una delegación de miembros de la cúpula eclesiástica greco-ortodoxa hasta el Concilio de Ferrara-Florencia, donde los representantes de distintas Iglesias cristianas de Oriente escenificaron la rendición ante el papa de Roma, después de haber intentado discutir sobre las diferencias teológicas entre el catolicismo y la ortodoxia.

Entre los representantes del papa había tres italianos bilingües, capaces de escribir discursos en griego para saludar al emperador, de los que dos, Leonardo Bruni y Guarino de Verona, habían sido alumnos de Crisoloras, cuya labor, de hecho, continuaba Guarino en Ferrara. Y si la enseñanza de Crisoloras fue un momento fundacional del Humanismo, el Concilio de 1438-1439 puede también considerarse un momento de inflexión en la transmisión del legado antiguo, no solo por los códices con obras de los autores antiguos que llevaron en sus equipajes algunos bizantinos y la accesibilidad a esos textos que ello supuso, sino porque Ferrara y Florencia fueron escenario de discusiones y conversaciones filosóficas y científicas, como las de Pletón con Paolo Toscanelli (1397-1482), a quien habló de Estrabón, un autor cuya *Geografía* era desconocida hasta entonces en Occidente.

Desde finales del siglo xiv está atestiguada en Italia, con frecuencia a través de la Creta veneciana, la presencia de bizantinos que buscan nuevos horizontes vitales y explotar una formación recibida que era inaccesible en Italia. A partir del Concilio de Ferrara-Florencia, cuando Basilio Besarión (1403-1472) e Isidoro de Kiev (1385-1463) se convierten al catolicismo, serán estos flamantes cardenales romanos quienes vehicularán las ambiciones de muchos bizantinos que ofrecen sus servicios como profesores de griego o copistas. Besarión había acudido al Concilio en calidad de metropolitano de Nicea y cuando estableció definitivamente su residencia en Italia, se convir-

tió en la primera figura de la comunidad griega en la península y se aplicó a consolidar la Unión de las Iglesias, patrocinar obras de arte y promover la educación de los griegos que vivían en Italia. También perfeccionó sus conocimientos de latín hasta el punto de convertirse, según las palabras del humanista Lorenzo Valla, «inter graecos latinissimus, inter latinos graecissimus». Así pudo traducir los *Memorabilia* de Jenofonte, la *Metafísica* de Aristóteles y algún discurso de Demóstenes. Escribió además un discurso contra el también bizantino Jorge de Trebisonda, *In calumniatorem Platonis*, en el que defendía el legado platónico de la acusación de inmoral. La obra se convirtió en una introducción a la filosofía platónica de gran predicamento entre los humanistas, que empezaban a tener acceso directo al legado filológico antiguo que estaba en el centro de sus intereses.

Parte sustancial de la actividad de Besarión tenía que ver con los valiosos libros griegos que no solo trasladó desde Bizancio antes y después de 1453 sino también desde el sur de Italia, donde algunos monasterios conservaban bibliotecas en griego. En 1468 donó a la República de Venecia su biblioteca, que ahora constituye el fondo antiguo griego de la Biblioteca Marciana.

Venecia fue uno de los centros de tipografía griega más activos y creativos. Tras los balbuceos iniciales de la imprenta griega (es decir, la inclusión de palabras griegas en impresos latinos), desde los años 1460 encontramos libros enteramente impresos en griego; el primer libro datado lo está en 1476 y es una obra gramatical, el *Epítome* de Constantino Láscaris, impreso en Milán con tipos proporcionados por Demetrio Damilás. Como hemos visto antes, los tipos griegos planteaban a los impresores algunos problemas que no se daban en los latinos, en especial, la presencia de espíritus y acentos, solos o en combinación, la iota suscrita, o la diéresis.

Pero el impresor más prestigioso de obras griegas es Aldo Manuzio (1451-1515), a quien se debe la invención de los «libros de bolsillo» (*in-octavo*) y de la tipografía *itálica* o cursiva. Manuzio organizó la llamada «Academia nueva» de colaboradores, entre los que se encontraba Erasmo de Rotterdam, que prepararon las afamadas ediciones de los clásicos griegos. La consideración de la labor filológica aldina ha sufrido cambios significativos: las ediciones críticas «modernas» consideraban las aldinas un testimonio más del texto de los clásicos, en la idea de que a finales del siglo xv en Venecia sus *curatores* podían tener acceso a manuscritos ahora perdidos. En la actualidad sabemos que lo que tenían los responsables de las ediciones aldinas (o de las de la familia Junta en Florencia o de otras tipo-

grafías célebres) no era tanto acceso a libros que no se han conservado como un dominio del griego capaz de eliminar muchos errores de los textos transmitidos. De ahí el salto cualitativo que suponían esas impresiones, que estandarizaron la presentación de los textos y garantizaron su difusión en Europa occidental. Pero eso es otra historia.

En Alcalá de Henares, cuando la fundación cisneriana empezó su andadura, la necesidad de libros en griego hizo que el profesor de esa lengua, Demetrio Ducas, contratado en 1513, colaborara con un impresor recién instalado en Complutum, Guillén de Brocar (que había publicado obras de Elio Antonio de Nebrija) para componer un pequeño grupo de ediciones modestas de obras gramaticales (los *Erotemata* de Crisoloras) y de obras (*Hero y Leandro* de Museo) con las que los estudiantes podían iniciarse en la comprensión de la lengua. Los tipos utilizados han sido valorados por su elegancia y pureza, y representan el punto de partida de la influencia de la erudición bizantina entre los helenistas españoles (imagen 27).

Los tipos de Ducas fueron también utilizados en la Biblia Políglota, el *opus magnum* de la Complutense cisneriana, la universidad fundada en 1498 que iba a albergar los *studia humanitatis*, en especial, los estudios de bíblica trilingüe. El objetivo de Cisneros era promover el estudio de las lenguas de los textos sagrados, cuyo desconocimiento por parte del clero relacionaba con la inmoralidad de los tiempos. En un momento posterior, quizá hacia 1510, Cisneros concibió la edición de la *Biblia Políglota*, con la misma esperanza de inaugurar una reforma general de la moral cristiana. En 1514 se acabó de imprimir en Alcalá el volumen del *Nuevo Testamento*, la *editio princeps* de este texto. Seguirían un volumen de material complementario, en especial, sobre el texto hebreo, y cuatro volúmenes del *Antiguo Testamento* en hebreo, griego y latín. Aunque el *Nuevo Testamento* ya estaba acabado en 1514, no se distribuyó hasta que no se imprimieron los volúmenes del *Antiguo Testamento*, en 1520, cuando la edición de Erasmo, que había visto la luz en 1516, ya se había difundido y acabó teniendo una influencia mayor. Sin embargo, los estudios de griego en Alcalá fueron el germen de los que más tarde se impartieron en Salamanca y de allí se difundieron en otras universidades españolas, dando lugar a la edad de oro de nuestro helenismo.

Las diferencias con el primer humanismo, el italiano, son, sin embargo, notables: en España los estudios del griego y de las lenguas orientales que Cisneros animó estaban orientados al estudio y edi-

Erotemata *chrysolorae.*
Ερωτήματα Του Χρυσολωρα.

Εν quot dividuntur viginti quattuor
 ἰς πόσα διαιροῦνται τὰ εἰκοσιτέσσαρα
literae quae et elementa dicuntur in duo.
 γράμματα, ἃ καὶ στοιχεῖα λέγεται; εἰς δύο.
in vocales: et in consonantes.
 εἰς φωνήματα καὶ εἰς σύμφωνα.

Πόσα φωνήματα ἑπτὰ. α. ε. η. ι. υ ψιλὸν. ο μί-
num. et magnum.
 κρόν, καὶ ὦ μέγα.
In quot dividuntur septem vocales in

Εἰς πόσα διαιροῦνται τὰ ἑπτὰ φωνήματα; εἰς
tria: in longas: in breves: et in ancipites.
 τρία; εἰς μακρὰ, εἰς βραχέα, καὶ εἰς ἀίχρομα.

Πόσα μακρὰ; δύο. η. καὶ ὦ μέγα.
Quot breves: duae tenue et paruum
Πόσα βραχέα; δύο. ε ψιλόν, καὶ ο μικρόν.
Quot ancipites: tres.
Πόσα ἀίχρομα; τρία. α. ι. υ.

Πόσαι δίφθογγοι κυρίως; ἕξ. α. αυ. ει. ευ. ου. ον.
sunt et aliae diphthongi quinque abusive
 εἰσι καὶ ἄλλαι δίφθογγοι ὡς τε καταχρηστικῶς
dictae.
 λέγομεν α. η. ην. υι. ω.

Πόσα σύμφωνα; δεκαεπτὰ. β. γ. δ. ζ. θ. κ. λ. μ. ν.
Quot consonantes: septendecim.
 ξ. π. ρ. σ. τ. φ. χ. ψ.

Εἰς πόσα διαιροῦνται τὰ δεκαεπτὰ σύμφων-
in quot dividuntur septendecim consonan-
 τες; εἰς δύο. ἑξήκοντα δύο.
tes: sexagesimo duo.

27. *Erotemata* de Crisoloras, impresos en Alcalá de Henares por Arnaldo Guillén de Brocar, en 1514.

ción de los textos sagrados. Ningún conocedor de la lengua griega parece haberla utilizado para leer o traducir obras de matemáticas o astronomía; nuestros helenistas (El Pinciano, Juan Páez de Castro o Jerónimo Zurita) discuten mucho de historia romana, hablan de monedas e inscripciones; otros se ocupan de textos literarios o legales, como Antonio Agustín; pero Laguna es el único humanista que se interesa por la medicina antigua y Ginés de Sepúlveda por la filosofía aristotélica. Quienes estudien griego en las universidades españolas serán sobre todo eclesiásticos que se doctorarán en leyes o cánones y harán una carrera al servicio del rey o de la Iglesia. Los inventarios de libros que poseyeron dejan claros sus intereses: actas de concilios, padres de la Iglesia, comentarios de las Escrituras, derecho canónico...

Pronto, el control inquisitorial del pensamiento a través de la censura de libros y la imposibilidad de comprar libros publicados allende nuestras fronteras (y por lo tanto cualquier texto griego, ya que aquí no se imprimían) harán patentes sus consecuencias: la figura del humanista que se retira al campo o a su ciudad natal es recurrente en el siglo xvi: Ginés de Sepúlveda se retira a Córdoba, mientras que Juan Páez de Castro vuelve a su Quer natal, en Guadaluajara; ambos tienen un salario como cronistas del rey y durante muchos años piden a su señor que les permita alejarse de la corte y vivir en paz con sus libros.

Pero el paradigma de este «exilio interior» de los helenistas hispanos es Benito Arias Montano (1527-1598), el consejero y embajador de Felipe II, hebraísta prestigioso y editor de la Biblia Regia en Amberes. En 1575, ante la orden real de volver a España, suplica quedarse en Flandes o, al menos, viajar a Italia. En 1559 había sido arrestado e interrogado a causa de un libro traído de Italia que contenía juicios peligrosos sobre las Escrituras. Estuvo toda su vida en la cuerda floja, amenazado por las denuncias y los procesos, y fue su proximidad al rey, quien atendía y seguía sus consejos y admiraba su sabiduría y su valer, la que probablemente le libró de la Inquisición. Antes de retirarse en Sevilla, creó una célula de estudio de las Escrituras en el propio monasterio de El Escorial, para difundir entre los monjes sus ideas espiritualistas, y haciendo de «alguacil alguacilado» se convirtió en el encargado de elaborar índices prohibidos de obras que, triste paradoja de aquella España, formaban parte de su propia biblioteca.